

LECCIÓN CUATRO

TRAS EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE

ESTA LECCIÓN, naturalmente, tiene mucho que ver con México. Un libro memorable de Martín Luis Guzmán se llama así, *El águila y la serpiente* (1928). Pero no me refiero ahora al libro, sino a ese singular símbolo de México que es el águila y la serpiente, según todos conocemos.

Me di cuenta al preparar estas notas de que sin que me lo hubiera propuesto ha habido en ellas una suerte de reparto geográfico. Comenzamos hablando de Haití antes de pasar a otros sitios del Continente. Al considerar el diseño de la patria del criollo insistimos sobre todo en el Cono Sur, y en particular en Argentina, con la gran figura polémica de Sarmiento. Es que el Cono Sur, y especialmente Argentina, es un ejemplo clásico de lo que en la terminología de Darcy Ribeiro él llamó “pueblo trasplantado”, cuyo ejemplo arquetípico en América es Estados Unidos. O sea, Europa trasplantada a otros países como Estados Unidos, y en cierta forma Canadá, y, fuera de nuestro Continente, Australia. Los suyos son pueblos trasplantados, donde los nativos son bolsones que, como se ve claramente en el planteo de Sarmiento, salen sobrando. Eso no quiere decir que no habláramos de otros países. Al considerarse el caso “Contra la nueva metrópoli”, el acento volvió a ponerse en las Antillas, aunque esta vez en las hispánicas. Y ahora, en esta lección “Tras el águila y la serpiente”, la zona preponderante va a ser México, y también el área mesoamericana, donde México ha ejercido una gran influencia.

Después de la irrupción del imperialismo estadounidense, que hará del antiimperialismo una línea esencial del pensamiento de nuestra América, el primer gran acontecimiento es la Revolución Mexicana iniciada en 1910, que hará cimbrar a nuestra América. Se trata de un acontecimiento enormemente importante, que antecede en un año a la Revolución China de Sun Yat-sen, y en siete a la Revolución Rusa de Octubre. Es seguramente la primera gran revolución del siglo XX, no sólo en nuestra América. La mera comparación subraya la trascendencia del hecho. Fue una revolución social que transformó al país e influyó en el Continente. Si en la lección anterior dijimos que habíamos entrado en la contemporaneidad, ahora debo añadir que varias de las figuras con las que vamos a tener que ver fueron, si no coetáneas, sí contemporáneas de algunos de nosotros. O sea, no compartíamos el mismo nivel etario, pero sí vivimos tiempos semejantes, por lo que vamos a tener ocasión de hablar de personas que vi. Al abordar la Revolución Mexicana ya no hablo de cosas que no pude vivir, al menos en forma crepuscular. Todavía a principios de la década de 1950, no obstante el hecho de que los momentos más creadores de esa Revolución habían quedado atrás, México se presentaba a los ojos de muchos como un país de gran atractivo, lo que se ponía claramente de manifiesto en su digna política exterior. Si me permiten una intrusión personal, al comunicarle a José Antonio Portuondo que iba a casarme a mediados de agosto de 1952, aquel, a quien todavía no conocía personalmente y era entonces profesor en la Universidad de Columbia, en Nueva York, me comunicó por carta su felicitación por mi decisión de pasar la luna de miel en México, añadiéndome: "México es lo más extraordinario de nuestro Continente, y posiblemente la única reserva inmediata de nuestra lengua". Quizá no esté de más recordar que para entonces Portuondo era ya un marxista convencido. México aparecía ante nuestros ojos como lo que después iban a ser Guatemala, Cuba, Chile, Nicaragua u hoy mismo Venezuela. Y por eso dije que llegamos a conocer algunas de sus grandes figuras del momento. Por ejemplo, visitamos en su casa a Don Alfonso Reyes, maestro de siempre; vimos a Rufino Tamayo pintando sus murales en Bellas Artes y conversamos con él; oímos a Diego Rivera ofrecer una conferencia. Con tristeza debo añadir que al año siguiente, en Cuba, vimos a José Vasconcelos, mucha de cuya obra yo admiraba, hacer el elogio de un tiranuelo como Fulgencio Batista.

La Revolución Mexicana ofrecería al mundo figuras legendarias como el líder agrarista Emiliano Zapata, vocero del campesinado pobre que quería tierras (no por gusto su nombre ha sido esgrimido por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional); Pancho Villa; Felipe Ángeles; Ricardo Flores Magón, hombre de pensamiento anarquista que se acercó a ciertos movimientos de la clase obrera; y Lázaro Cárdenas. A este último se debió el que probablemente fuera el último momento

grandemente creador de su Revolución. Nacionalizó valientemente el petróleo de su país, prestó auxilio a la agredida República Española y acogió después a millares de exiliados suyos, se atrevió a dar albergue al rebelde y proscrito León Trotski, y favoreció la enseñanza y la cultura de su país. Para mí fue impresionante, dado todo lo que México había sido en mi vida, cuando el 26 de julio de 1959, en la Plaza de la Revolución de La Habana, vi subir a la presidencia a Lázaro Cárdenas acompañado de Fidel y el Che, pues era clarísima la continuidad de una realidad histórica. Cárdenas incluso quiso ir a Cuba durante la invasión de Playa Girón.

El pensamiento de la Revolución Mexicana es sumamente complejo. A menudo se ha establecido una relación entre dicho pensamiento y el del Ateneo de la Juventud, que se había fundado en 1909. Pero me parece un tanto artificial esa relación, sin por ello negarle importancia al Ateneo, donde se nucleó la que sería conocida como Generación del Centenario, pues en 1910 se cumplía un siglo del inicio de la Guerra de Independencia. Esa generación estuvo bajo el patrocinio de Justo Sierra, ministro de Porfirio Díaz, pero hombre honrado y talentoso (similar en algunos puntos al cubano Enrique José Varona). Y su grupo lo formaron personalidades eminentes como el filósofo Antonio Caso; como Pedro Henríquez Ureña, quien era dominicano, vivió en Cuba y México, y se radicaría hasta su muerte en Argentina, ejerciendo un magisterio continental; como el agudo prosista Julio Torri; como el mejor escritor de ese grupo y probablemente de México, Alfonso Reyes; como el más político de ese grupo y quizá el más talentoso, al punto de que incluso algunos reticentes utilizan para referirse a él la palabra genio: José Vasconcelos, un hombre del talante de Sarmiento. Con Vasconcelos nos encontramos ante una figura gigantesca. A propósito de él, se piensa en el proverbio griego “El desliz del pie de un gigante es carrera para un enano”. Porque si alguien ha acertado en América es Vasconcelos; y si alguien se ha equivocado es él. Fue el más político del grupo del Ateneo, e incluso desentona en relación con ellos por su intervención en la vida pública. De él es la famosa frase insignia de la Universidad Nacional Autónoma de México: “Por mi raza hablará el espíritu”. Desde la rectoría de esa universidad hizo renacer la Secretaría de Instrucción Pública, y convirtió a México en un centro de atracción para nuestra América. Invitó allí a una maestra casi desconocida entonces, Gabriela Mistral; invitó a Valle-Inclán; organizó congresos de estudiantes. A uno de ellos asistió un joven estudiante argentino que había participado en el movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba, en 1918: Arnaldo Orfila, quien iba a ser después un hombre esencial para la cultura de México y de nuestro mundo, al frente del Fondo de Cultura Económica y luego de la editorial Siglo XXI. Recuerdo cuando el gran poeta Carlos Pellicer (a quien me unieron lazos de amistad como también con Orfila)

me contó que, siendo secretario de Vasconcelos, asistió a la reunión de este con un pintor cubista bien conocido en Europa, y protagonista incluso de la novela *Julio Jurenito y sus discípulos*, de Ilya Ehrenburg, que se llamaba Diego Rivera. La finalidad de la reunión era proponerle la creación de la pintura mural mexicana. Más tarde convenció para esta causa a José Clemente Orozco y a David Alfaro Siqueiros. No he visto ratificada la anécdota, pero no tengo por qué poner en duda la palabra de Pellicer, según la cual Vasconcelos, de grandiosas visiones, inventó la pintura mural mexicana que es, al decir de Luis Cardoza y Aragón, la gran contribución que América ha hecho a la plástica universal. Después, como es normal, tal pintura se hizo retórica. A Vasconcelos se debe también una colección de clásicos que editó masivamente para distribuir entre el pueblo mexicano. Además protegió a los jóvenes más diversos, como Jaime Torres Bodet, quien llegó a ser director general de la UNESCO, o Salvador Novo, a quien se debe el libro *Nueva grandeza mexicana*, donde se dicen algunas cosas no muy agradables pero en general justas sobre Cuba. No pocos de estos jóvenes (con excepciones como la de Pellicer) eran apolíticos y se reunieron en torno a la revista *Contemporáneos*, que algo debió en su nacimiento a la *Revista de Avance* cubana. Vasconcelos supo rodearse de la gente más diversa. Su prédica iberoamericana tuvo un impacto enorme en todo el Continente. Mella lo citó entre los grandes hombres de América. Hasta que Vasconcelos intervino en una infeliz campaña presidencial que perdió o le fue arrebatada, y ello se convirtió en la experiencia terrible de su vida. Porque a partir de ese momento murió el fabuloso Vasconcelos y apareció una figura que era su reverso. Este es el Vasconcelos que va a escribir, por ejemplo, su *Breve historia de México*, sobre la cual el joven Ernesto Guevara (todavía no el Che de la leyenda) diría:

Pocas veces un hombre de fama internacional ha traicionado tan profunda e hipócritamente todo aquello por lo que dijo luchar en algún momento de su carrera. La *Breve historia* no es tal, sino una plaga de impropiedades contra todo lo indígena y para asumir una actitud sinarquista que disfraza de odio al gringo su tranquila sumisión frente a él. El autor parte de la base de que los aztecas eran una nación de bárbaros idólatras, por lo que Dios hizo bien en castigarlos, pero clemente al fin, les mandó a los más finos, más valientes y más buenos y sabios conquistadores del mundo, a los españoles, cuyo jefe, Cortés, es el arquetipo de estas cualidades (Guevara, 1991).

Vasconcelos fue una de las notables cabezas filosóficas que ha dado nuestra América, y un extraordinario escritor. Su primer libro, *Pitágoras. Una teoría del ritmo*, se publicó en La Habana en 1916 a instancias del poeta cubano Mariano Brull. Es característico que, en medio de la turbulencia de la Revolución Mexicana, Vasconcelos estuviera pensando

en el tema de ese pequeño libro. Así como más tarde escribe una estética monumental y se preocupa por la ética, por la metafísica, por la historia de la filosofía. Pero lo que le dio inmenso prestigio y repercusión fueron sus libros iberoamericanistas, como *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur* (1925) e *Indología. Una interpretación de la cultura iberoamericana* (1927). Ambos son libros brillantes, mesiánicos y mistificadores. El último es curioso porque, no obstante el título, el indio no es su tema. Vasconcelos escribió varios tomos de memorias. El primero se llamó *Ulises criollo*; y el segundo, ya inequívocamente, *La tormenta*. En efecto, las suyas son memorias tormentosas, que hacen que otras, infelices, parezcan *Blanca Nieves y los siete enanitos*. Es como si las hubiera escrito un Orozco temible con la mano que no tuvo. Pero Vasconcelos quedará en la historia no por la injusticia de sus juicios, sino por sus aciertos. Un trabajo suyo bien podría ser la síntesis de su contribución mejor: *Bolivarismo contra monroísmo*. Ahora bien: Vasconcelos se sabía heredero de Lucas Alamán, aún con más talento y más violencia. Estaba en contra del monroísmo, pero no desde la perspectiva de la Revolución. Sencillamente le dolía que otra civilización le hubiera amputado la mitad de su territorio. En general, incluso en sus mejores momentos, Vasconcelos tiende a evaporar la lucha de clases y a ofrecer visiones ontologizantes de los temas que trata.

Después de luchas dramáticas, que acaban costando la vida a dirigentes populares como Zapata y Villa, finalmente de la Revolución Mexicana emerge triunfante una burguesía nacional cuya naturaleza se discute hasta hoy. ¿Es, simplemente, la continuación de la burguesía nacional entreguista de Porfirio Díaz, o saltando por encima de él, cuyo rechazo desencadenó la Revolución, retoma las banderas del sector progresista de la burguesía mexicana encabezada por Juárez? Lo cierto es que aquella burguesía nacional mexicana se estabiliza en el poder, y al pensamiento mesiánico de Vasconcelos, que a su manera tiene que ver con un momento creador de la Revolución Mexicana, le sigue un aquietamiento expresado con claridad en el libro *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), de Samuel Ramos. Con él hemos pasado de la tormenta a un aula universitaria. La continuación de este libro ocurrirá dieciséis años después con otro famoso que oscureció al libro de Ramos a fuerza de estar más hermosamente escrito y haber recibido mayor difusión: *El laberinto de la soledad* (1950), de Octavio Paz. No es un libro con los análisis de Ramos, sino con análisis psicoanalíticos y sumamente al día, lo que va a caracterizar a su autor, quien por añadidura fue un notable poeta. En la segunda edición de este libro, en 1959, hay un importante epílogo en que México es situado entre los demás países subdesarrollados. Paz continuará trabajando en torno al libro, quizá su mejor obra ensayística. En 1970 publica una obra escrita el

año anterior, *Postdata*, que es una crítica al sistema mexicano, el cual había experimentado en 1968 la tragedia de Tlatelolco. Y Paz seguirá ocupándose de política mexicana en libros como *El ogro filantrópico* (1979), *Tiempo nublado* (1983), y uno lamentable, *Pequeña crónica de grandes días* (1990). Desde finales de la década de 1960, esa gran figura, ese gran escritor a quien quise tanto en lo personal, sufrió una involución similar a la de Vasconcelos, y pasó a ser, junto con Mario Vargas Llosa, el no-presidente del Perú, el otro gran vocero de la derecha latinoamericana. Sería injusto reducir a Paz a este momento, como sería injusto reducir a Vasconcelos a lo que fue a partir de la década de 1930. Pero es también injusto emitir juicios sobre él ignorando sus últimas posiciones. Por ejemplo, en *Pequeña crónica de grandes días*, escrito tras la debacle del socialismo europeo, Paz no sólo se regocija del hecho, lo que era previsible, sino que elogia abiertamente al gobierno mexicano de Salinas de Gortari. Así, escribe:

El Presidente Salinas de Gortari ha declarado muchas veces que uno de los propósitos esenciales de su gobierno es la modernización del país. Tal vez habría que decir que es su propósito central. El proyecto modernizador se dio a conocer desde sus días de su campaña electoral: reforma de la economía, la política y el Estado.

Y más adelante:

La economía comienza a recobrase. Se dice que el costo social de la reforma económica ha sido alto y doloroso. Es cierto, pero es irremediable, y, creo, será transitorio. Si crece la producción, aumentan las exportaciones y se aminora el servicio de la deuda, se elevará el nivel de vida del pueblo. Es lo que ha sucedido en otras partes del mundo (Paz, 1990).

Nadie sabe cuáles fueron esas otras partes del mundo, porque lo que está elogiando Octavio, aunque no use ese nombre, es el neoliberalismo, que está asolando al planeta. Precisamente en México, lejos de comenzar la economía a recobrase, a finales de 1994 entró en una crisis pavorosa. Estos criterios le provocaron a Octavio un gran desprestigio no sólo en la izquierda. Pero no voy a insistir en el punto aunque sí señalaré un libro importante que ha pasado casi inadvertido: el del poeta y filósofo Enrique González Rojo, *Cuando el rey se hace cortesano. Octavio Paz y el salinismo* (1990).

Hay también muchas otras alternativas en la riquísima vida intelectual de México herederas del costado radical de la Revolución Mexicana. Un ejemplo sobresaliente es el de Pablo González Casanova, a quien considero el intelectual más destacado en el México de hoy. Estudió con agudeza la democracia en México, introdujo entre nosotros conceptos como el del colonialismo interno, ha apoyado las aspiracio-

nes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, y en general es un lúcido defensor de las mejores causas de nuestra América y del planeta todo, lo que lo hace un representante eminente de la mejor tradición de la Revolución Mexicana.

Además de sus transformaciones internas, la Revolución Mexicana hizo sentir su presencia más allá de las fronteras del país. Por ejemplo, Sandino en gran medida fue formado como trabajador en México, influido directamente por la Revolución Mexicana y en especial por Zapata. La República Española agredida por el fascismo en 1936 contó con el ferviente apoyo del México de Lázaro Cárdenas. El proceso democrático vivido por Guatemala entre 1944 y 1954, cuando fue yugulado con una invasión mercenaria enviada por la CIA, recibió alientos y apoyo diplomático de México. No fue un azar que Fidel, el Che y ochenta hombres más salieran de México (donde habían conocido la protección de Lázaro Cárdenas), a bordo del yate Granma, para reiniciar la Revolución en Cuba.

¿Conocerá otro capítulo la Revolución Mexicana? ¿Logrará sus metas democráticas y opuestas al neoliberalismo el EZLN? México ha cambiado mucho. Pero puede y debe seguir cambiando, esta vez a favor de lo mejor de su historia, que por supuesto está lejos de haber terminado.